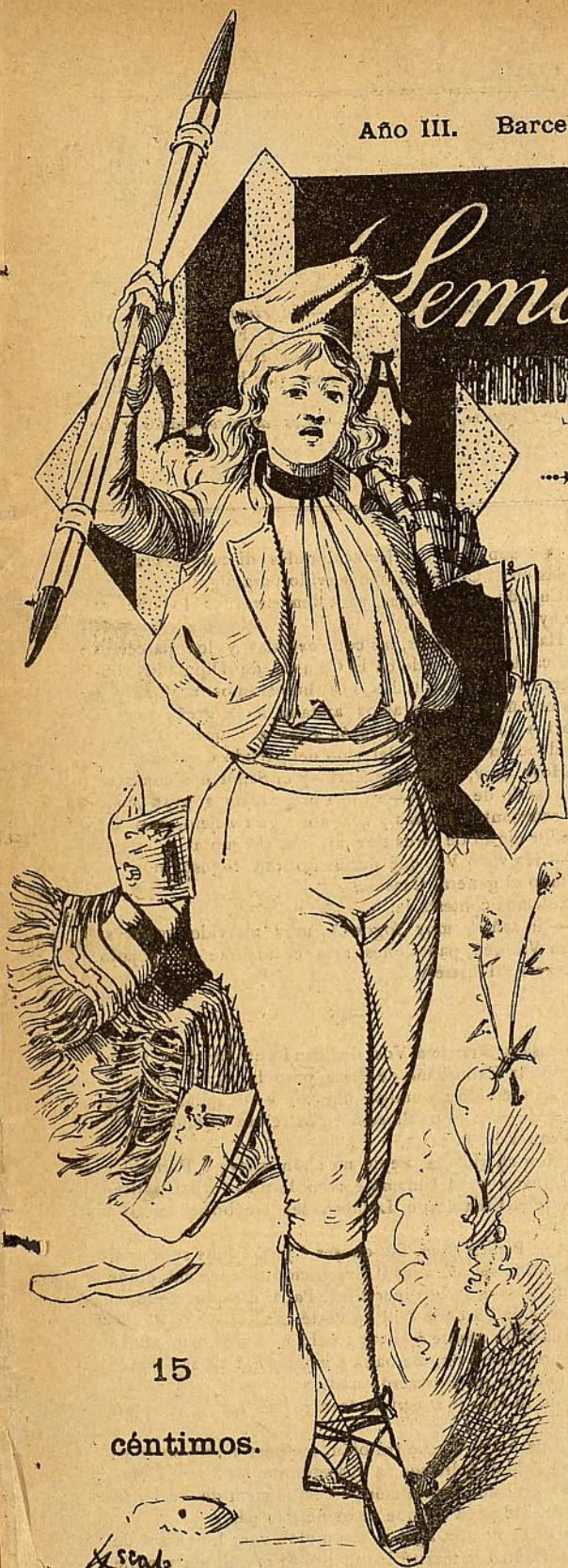


Semana Cómica

LIT. MIRALLES, UNION, 17.

Redacción : Vertrallans, 3.-1.º

ERMETE NOVELLI



15

céntimos.

Trabaja de tal manera
que cuanto se diga es poco.
Este artista vuelve loco
de admiración á cualquiera.



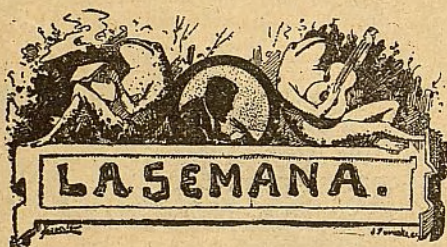
Ayuntamiento de Madrid

— SUMARIO —



TEXTO:—*La Semana*, por Antonio L. Ruiz.—*Negocio redondo*, por Emilio de Motta.—*Lágrimas*, por J. M. Almodóbar.—*Manos de serafín*, por Casimiro Prieto.—*La resurrección de Benito*, por J. Feliu y Codina.—*Polémica*, por José Borrás.—*Nimiedades*, por Ricardo J. Catarineu.—*Catilinaria*, por Luis R. Cabrero.—*Mal agüero*, por R. Taboada Steger.—*Las mujeres*, por M. G. Besada.—*Anomalías*, por Francisco Capella.—*Retazo*, por J. Rodao.—*Chirigotas*.—*Correspondencia*.

GRABADOS:—*Ernesto Novelli y Mala sombra*, por Escaler.—*Playeras*, por A. Pons.—*Los despreocupados y De pesca*, por Cilla.—*Los feos*, por Cilla.



Por fin resultó que no había habido estoque.

Y, como es natural, los españoles, que antes andábamos todos medrosos y desmejorados, al saber la fausta nueva nos tranquilizamos, volvió á nuestros semblantes el sonrosado color de la dicha, y no nos pusimos á cantar peteneras y á dar zapatetas en medio de la calle, porque nos dió vergüenza, que si no...

Las opiniones andaban antes muy divididas acerca del asunto. El chico del sereno de nuestro barrio, que hace tiempo tuvo un tío en carabineros, opinaba que si señor, que Figueroa había sacado un estoque, tamaño como un taco de billar; pero en cambio un primo de nuestra portera, chico que viste muy bien y que hasta ha estudiado Trigonometría y todo, y es incapaz de decir una cosa por otra, demostraba matemáticamente, apoyándose en lo dicho por Kant, Fray Luis de León y *La Correspondencia de España*, que todo había sido un infundio de Romero Robledo, que veía con malos ojos al yerno del ex-ministro de Gracia y Justicia.

Afortunadamente, el acta que, suscrita por cuatro amigos de los contendientes, han publicado los periódicos, ha venido á sacarnos del tormentoso estado de dudas en que yacíamos, y á estas horas todos sabemos que Romero Robledo no vió lo que vió, porque aunque lo vió... como no está muy seguro de que lo vió... y... en fin, que es como si no lo hubiera visto.

Pero la razón convincente es la que nos ha dado el chico de un amigo nuestro, que en sus ratos de ocio se dedica á arreglar eso de la política. El cual chico nos decía:

—¿Es ó no cierto que las relaciones entre los diputados de uno y otro bando no pueden ser más tirantes?

—Sí, señor.

—No es cierto que los diputados de las minorías no pueden ver á los de la mayoría?

—Sí, señor.

—Pues si no les pueden ver ¿cómo había de saber Romero Robledo si el otro llevaba ó no estoque?



Por supuesto, que las acaloradas discusiones sostenidas en el Congreso han servido para algo.

Cuando no otra cosa, para demostrarnos lo que va de ayer á hoy.

Hace veinte años, las controversias y los pareceres acerca de lo ocurrido en la Cámara de Diputados hubieran sido vivas, todos nos hubiéramos acalorado y los españoles hubiéramos andado á la greña por si Martos tuvo ó no tuvo razón y por si Gamazo debe ó no debe ser arrojado del seno del partido dominante.

Hoy... hoy, á Dios gracias—y el Señor nos conserve este modo de pensar—no nos preocupamos gran cosa de semejantes futesas y cuando algún sujeto, con un candor digno de otros tiempos, nos pregunta:

—¿Ha visto Vd. qué discursito tan fogoso nos ha soltado el general Cassola?

Solemos contestarle:

—Sí, señor, muy fogoso y muy atrevido ¡pero si viera Vd. qué pantalones más cortos me ha dejado anteayer mi sastrel...



Pensaba aburrir á Vds. dedicando un parrafito á hablar de la Exposición de París, pero la siguiente carta que ha recibido un amigo nuestro, y que galantemente nos cede para su publicación, nos releva de ello.

Vean Vds. la carta.

«Mon cheridissim Pepit: nu abón arrivé á París hier suar, avec papá é mamá é avec la plus cabal santé, com je pur tuá desire. La notre ses tré bone, mersí á Dieu.

¡Ay, Pepit! ¡qué de choses é je vi dans se París! Ochurdí je suí alé vuar l'Exposición é je me suí etoné bocú. ¡Ces une chos mervillés! Papá dit qu'il ne fô pa regreter pa l'archán quil sa gasté pas.

Nus abón monté á la tur Eiffel pá. Je me e marée bocú et ne retourneré pa, me papá é mamá, qui ne san marée pá, mon dí quil's turnerón unotre tuá, pa.

Com tu vuá, je t'ecrí en fransé pur me practiquer, pa.

Nu parlón le fransé tré bián, me persone ne nu compren pá. Mamá dit que sa duá etre que les fransés, ocupés avec sa de l'Exposición, on ublié mem de parler sa langue. Mé papá dit que ce ne pétetre pá.

Adié, Pepit. Cet apré midi nu alón vuar les curses de turós. Demén je tecriré é je te diré pá se quil ma semblé pa.

Expretons de papá é de mamá é tuá resuá l'ame de cette qui tadore é ne tublierá pa:

Angeline.

Por la copia

ANTONIO L. RUIZ.

NEGOCIO REDONDO

—Los negocios me sostienen;
con ellos me gano el pan,
y siempre que me convienen
los tomo con un afán...

—¿Haces muchos?—Ahora no,
pero en el año pasado
la fortuna me trató
como á su niño mimado.

De un solo golpe gané
trescientos cincuenta duros,
con los que pronto saldé
casi todos mis apuros.

¿Te acuerdas de aquel terreno
que subastó en Almería
la viuda de Juan Moreno
porque no le convenía?

Pues bien: su prima Pilar,
la de su tío el marques,
se lo quería comprar

con muchísimo interés.

Há tiempo que yo pensaba
comprarle la posesión,
por ver si la traspasaba
para la edificación,
y ese negocio excelente
con tan estudiado plan,
quise yo hacerlo, igualmente
que la primita de Juan.

Ella lo supo al instante
y me dijo que que-
ría ser única rematante
de la subasta que había.

Conferencié con las dos
una noche en casa de ella
(que es, aquí para *inter nos*
una viudita muy bella)
y prometí no dar cima
al negocio, en mi provecho,

si me daban una prima
por cederles mi derecho.

Poca cosa, casi nada:
siete mil quinientos reales
y la escritura firmada
por las *hordas notariales*.

Dijeron yo no se qué
y ofrecieron la mitad,
pero yo lo rehusé
con mucha amabilidad.

En fin, para concluir,
verás lo que resultó;
solo te puedo decir
que salí ganando yo.

Sin menguar mis intereses
me hice digno de su estima
y antes de pasar dos meses...
¡me quedaba con la prima!

EMILIO DE MOTTA.

LAGRIMAS

I.

Porque en falso juró que la quería
Julián, que es el mas falso de los seres,
ella no pasa sin llorar ni un día.

Sollozo como un niño
cuando veo llorar á esas mugeres
que piden nada más que algún cariño.

María, que está loca y cree sincera
que el que adora se muere muy á gusto
si su amante le dice que se muera,
no supo, cuando estaba enamorada
de aquel infiel Julián, negarle nada.

Y por eso en el pueblo—cuyo nombre
revelaros no puedo—
al paso que sonríen á aquel hombre,
la señalan ya todos con el dedo.

Sin ver que es desdichada en su abandono
¡qué desdeñosas son, cuando hablan de ella,
las damas de buen tono
que la odian por aquello, y porque es bella!

La más pura de todas
sueña todas las noches
con la noche de bodas:
y la que habla peor y más airada
de los amores esos,
es una virgen que se siente hastiada
de dar y recibir miles de besos.

Aún no sabe María
que este mundo de santos, que respeta
al pecador que tiene hipocresía,
solo exige virtud en la careta.

II.

Quiere aquella muger tan pecadora
conquistar el infierno tan deprisa,
que desde que Julián ya no la adora
ni una vez se ha acordado de ir á misa.

¿En quién vá á hallar consuelo
—dicen en el lugar los puritanos—
la que se olvida del Señor del cielo?

Porque hay gentes que temen al demonio
y jamás hacen nada en ningún mártir,
y ponen por testigo á San Antonio
de que Dios está siempre en todas partes,
y creen de buena fé que es gran locura
intentar ver á Dios sin ver al cura.

Alguien, de ella apiadado,
perjura que María es una ingrata,
porque quizás la habrían perdonado
si ella hubiera querido ser beata:
pues hay en aquel pueblo señorita
que se cree con derecho á ir á la gloria
en tomando una vez agua bendita.

III.

No falta quien murmura
que aunque nunca María ha vuelto á misa,
siempre tiene para ella el señor cura
dispuestas su bondad y su sonrisa.

Es el cura un bendito
que entiende un poquitín nuestras pasiones
y procura inspirar odio al delito
á fuerza de cariño y de perdones.

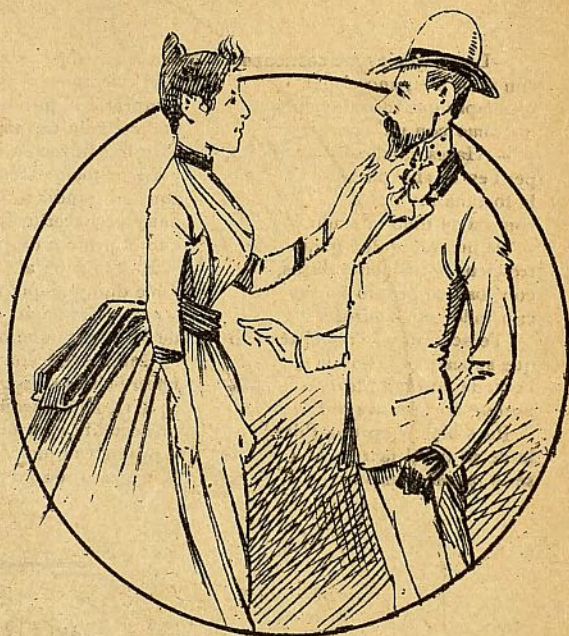
Y por eso se enfada y oye grave
lo que de esta pasión y estos excesos
dice aquella vestal, que el cura sabe
que encuentra casi insipidos los besos:
y su perdón explica
cuando, hablando de un santo, les predica
que purifica tanto
una gota de llanto,
que no existe ninguna pecadora
que no sea una santa, cuando llora.

J. M. ALMODÓBAR.

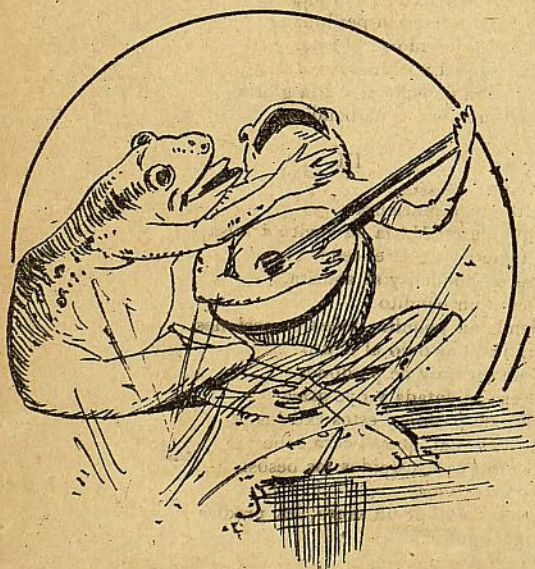
MALA SOMBRA



—Pa que veas tu si es buena sombra la del alcalde. Llega á Madrid ¡y anda! se pone á diluviar; sale de Madrid y vuelve el buen tiempo; llega á Granada... y llueve en Granada; vuelve á la Corte y llueve otra vez en la Corte... ¡Es qué es sombra!



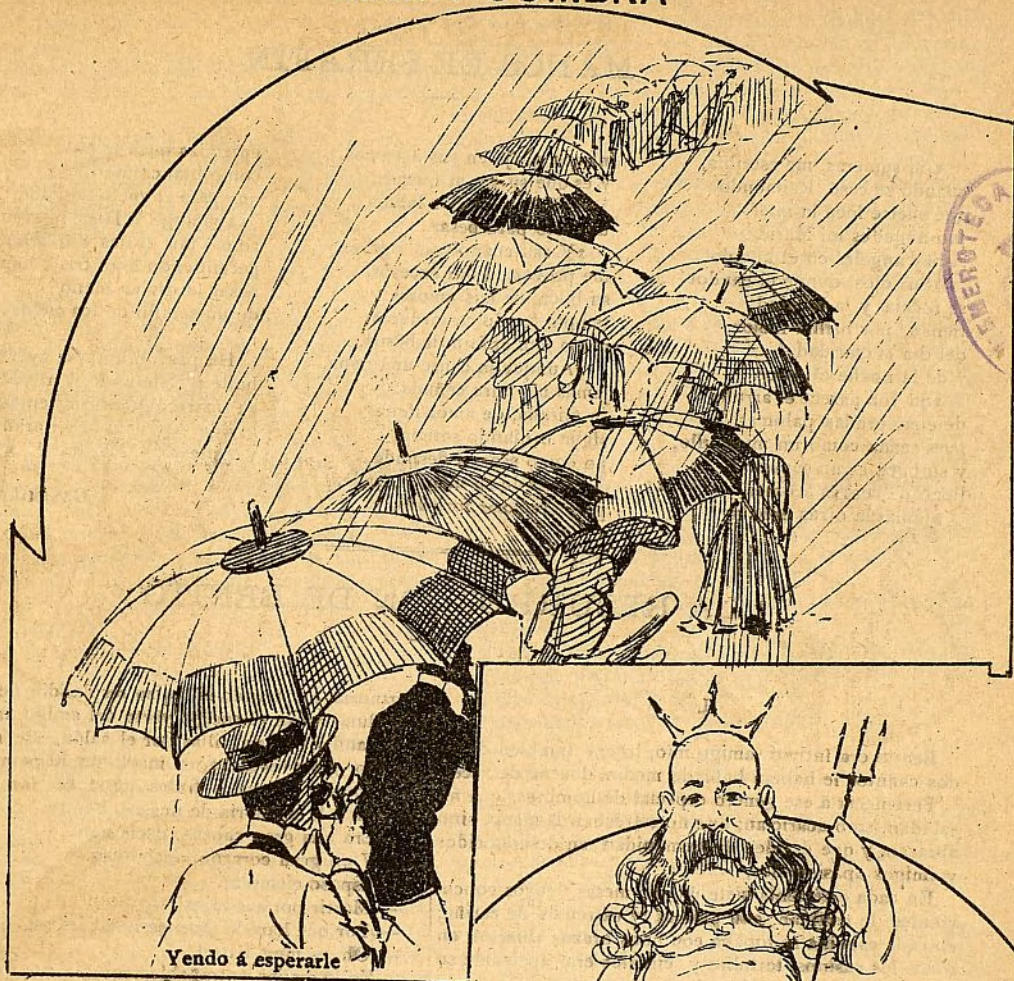
—¿Y á dónde vas?
—A esperar á Rius y Taulet, que llega hoy.
—Pues aguarda, hombre, que te sacaré el chubasquero.



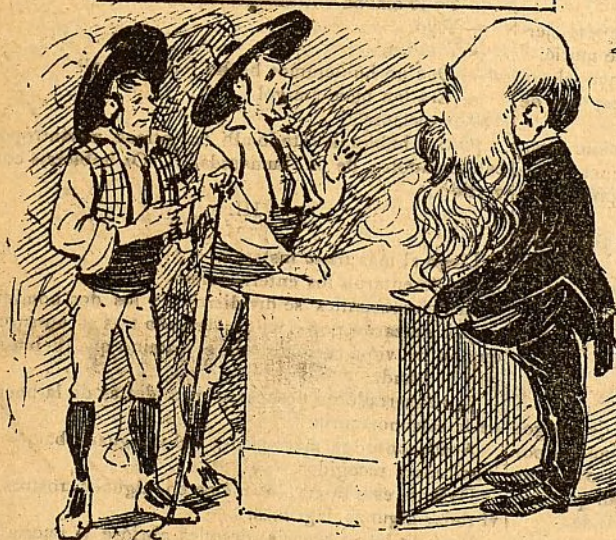
Estos seres, lector, que aquí ves, son los que antes que nadie anuncian la venida de nuestro marqués.



Los que ansían, y no en balde, la llegada del alcalde



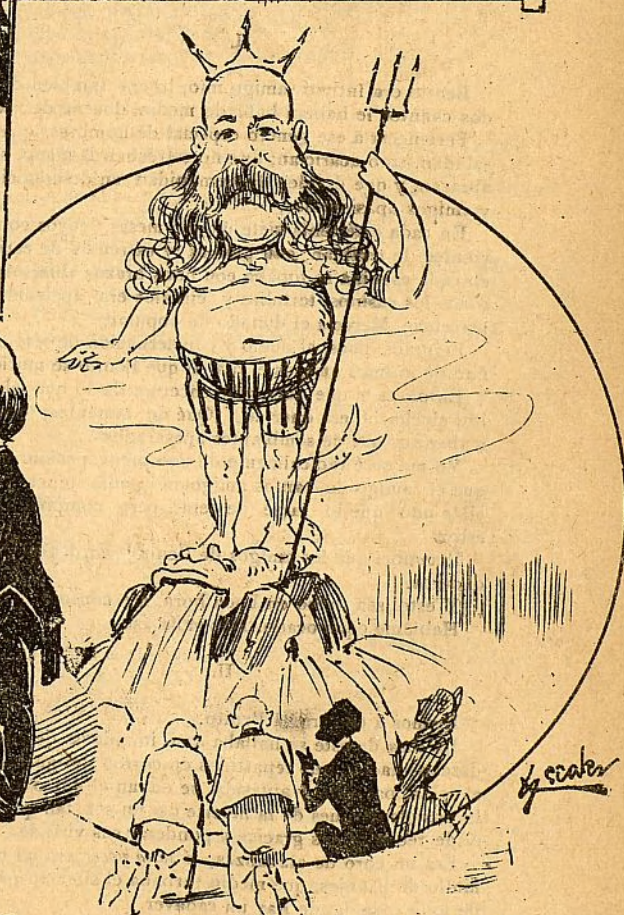
Yendo á esperarle



—El señor Rius y Taulet?

—Servidor de Vdes..

—Pus nosotros vínamos al rispitve de que allá en la comarca hay mucha sequía. Y pa que no se nos maluegre la cosecha, hemos dicho... dice: Pus vamos á ver si quiere venir el alcalde de Barcelona, y como, viniendo él, lloverá...



Ante esta nueva gracia que el Padre Eterno se dignó concederte, sér patilludo, ¡salve, oh rey de las aguas! yo me prosterno; ¡Neptuno con patillas, yo te saludo!

MANOS DE SERAFIN

«¡Si supieras, me escribía,
cuando se casó, Raimundo,
qué suerte loca la mía!
¡un ángel es mi María,
si hay ángeles en el mundo!
»Sus ojos, donde el candor
se refleja y la bondad,
tienen, por brillar mejor,
del día la claridad
y de la noche el color...

»Su voz parece el arrullo
de enamoradas palomas,
pues suena como un murmullo,
y su boca es un capullo
lleno de suaves aromas.

»Jamás la oirás exhalar

ni una queja en sus agravios,
y es que su ser al formar,
Dios hizo sus rojos labios
tan sólo para besar.

»Y así, cuando sin rigores,
me provoca á mil excesos,
su boca, de mis amores
templa los dulces ardores
como una ánfora de besos.

»Aunque la cause una pena,
jamás me mira ceñuda:
su mirada, de amor llena,
sigue brillando serena,
no como espada desnuda.

»Cuando su mano nevada,
para acariciar formada,

entre las mías se posa,
como blanca mariposa
que para el vuelo, agitada,
»bendigo á Dios, pues no en vano
colmó mis ansias y anhelos,
permitiendo á un triste humano
besar la divina mano
de un serafin de los cielos »

Ha pasado un año; ayer,
hallé á Raimundo, y al ver
su rostro algo ensangrentado,
le dije: —¿Quién te ha arañado?
y contestó: —¡Mi mujer!

CASIMIRO PRIETO.

LA RESURRECCION DE BENITO

I.

Benito era íntimo amigo mío; lo era también de todos cuantos le habían hablado media docena de veces.

Pertenecía á ese género especial de hombres, que no saludan, sino acarician; que no estrechan la mano, sino abrazan; y que dividen la humanidad en desconocidos y amigos apasionados.

En cada café tenía siete u ocho mesas, cuyos concurrentes le recibían con palmas y extremos de cariño; en cada esquina se topaba con unos brazos abiertos; en todos los casinos, tertulias y círculos era apetecida su presencia. Merecía el dictado de popular.

Figuraos, pues, el duelo y consternación de ese ejército de íntimos amigos el día en que Benito se murió.

Entonces si que pude convencerme de lo que el pobre muchacho era querido. ¡Qué de lamentos, qué de alabanzas, qué de semblantes apesarados!

Yo me curé radicalmente de una preocupación: creía que el amigo de tantos amigos no podía tener entre ellos uno que lo fuese de veras; pero comprendí mi error.

Reconocí que los amigos de Benito eran leales y verdaderos.

Y esto, sea dicho en buen hora, me consoló.

Habíame equivocado. Más valía así.

II.

Ibamos á enterrar á Benito.

La casa de este se hallaba casi inundada de amigos desconsolados, que repartidos en corros desiguales por el salón, pasadizo y antesala, se daban el único consuelo posible después de la muerte de un ser tan querido: el de recordar sus gracias y ponderar sus virtudes.

Era un coro de alabanzas, á *sotto voce*; era un murmullo de lisonjas, que medio turbaba el silencio propio de toda casa donde hay un cadáver.

Pasaba de cuando en cuando una mujer enlutada; percibiase algún sollozo salido de la habitación interior en donde estaba reunida la consternada familia, respirábase aquel aire saturado del éter de los cordiales, sonaba el medroso taconeó de algún recién llegado, y se entreabría alguna que otra vez la puerta de la sala

mortuoria, mostrando el rojizo resplandor de los cirios que alumbraban el cuerpo yerto del amigo malgrado.

Yo andaba de puntillas por el salón, de corrillo en corrillo, y me regalaba, en medio de mi pesar, oyendo las tiernas y doloridas frases que todos los labios dedicaban á la memoria de nuestro Benito.

—Era una gran cabeza, decía uno.

—Y un gran corazón, decía otro.

—Esposo ejemplar.

—¡Mártir por sus hijos!

—¿Por qué han de morirse hombres así?

—¡Oh, es muy triste!

—Yo le amaba entrañablemente.

—Y yo.

—Y todos.

—¿Qué no hubiéramos hecho todos por él?

—¡Era tan buen amigo!

—¡Excelente!

¡Oh, si hubiérais estado allí, excépticos, misántropos, calumniadores de la humanidad!... Os hubierais convertido.

III.

Llegó el más triste instante.

Se presentaron los enterradores.

Los circunstantes se dividieron, y los dos hombres negros cruzaron por el salón, dejando tras sí un surco, que no volvió á cerrarse; era el camino que debía seguir el ataúd.

Los enterradores desaparecieron detrás de la puerta de la sala mortuoria.

Acalláronse los murmullos; todos aguardábamos silenciosos y recogidos.

Durante este intervalo fijéme en algunos rostros, y vi rodar algunas lágrimas.

Pasó un breve espacio; después abrióse la puerta de la estancia del muerto, y apareciendo en ella uno de los dos enterradores, levantó su voz ronca y dijo así:

—Señores, el difunto me manda suplicar á ustedes que entren á escucharle.

IV.

Aquello no era una chanza.

110

dad
globe
comp
Com
«Eas
ranz
Esta
Do
nom
infl
terra
él, «l
do gr
ta su
lo sol
dente
co Mo
yecto
figura
como
tados
sultá
al im
es el
Sulta
princ
princ
entre
Ayun
cació
dánd
mara
en F
Cent
Na
ante
hom
Penc
Co
que
colu
crip
han
no te
moti
pue
vino
pasa
Cen
Su
muy
aten
uno
llan
Me
rar
stir
do li
nario
ncia
o y de

Ni la traza atribulada del enterrador lo daba así á comprender, ni á ninguno de los presentes se nos ocurrió el pensarlo.

Los miedosos, que eran casi todos, se apiñaron entre sí, aterrados y cadavéricos; los despreocupados se dijeron:

—Habrá sido una muerte falsa.

—Entremos, señores, dijo el más animoso.

Detrás de este, entraron otros; la curiosidad prestó aliento á los cobardes, y en el salón apenas quedó una docena de pusilánimes recalcitrantes.

V.

Entramos, pues, y lo que vimos sobrecogía.

El muerto estaba incorporado en el ataúd, sin mostrar otra señal alguna de que la vida reapareciese.

Los ojos inmóviles y vidriados, la nariz afilada y recta, los labios cárdenos, la frente pálida y con aquel brillo mate que sólo es propio de los cadáveres.

Todos nos sentíamos la sangre helada en las venas; respirábamos fatigosamente, y nuestros ojos atónitos contemplaban aquel cadáver, aquel Cristo pendiente sobre el ataúd, aquel negro dosel que cubría el lecho mortuario y las paredes, aquellos cirios chirriantes, casi consumidos y de luz temblona y rojiza, como si por ensalmo nos hubiéramos visto transportados á una esfera sobrenatural.

Pasó un minuto... como un siglo.

El muerto habló. ¡Sí, era él, era su voz!

Su hablar fué monótono, inanimado, helado; pero reconocimos su voz.

Nos habló de esta manera:

—El ángel de la muerte, que en sus brazos me llevó fuera de este mundo, me permite retroceder en el camino, del que teníamos hecho una buena parte. Tengo concedidos cinco minutos de resurrección para hablaros, amigos míos. Oídme. He muerto arruinado; pero no me mató el pesar de mi ruina, sino el de haber arrastrado en ella al huérfano inocente, cuya fortuna me había sido encomendada. Este dolor y este remordimiento han acompañado mi alma, al partir ella de esta tierra. Si remedio el daño que he causado, Dios me concede volver á la vida. Vosotros, mis amigos, dadme el caudal que necesito para esa reparación; yo dedicaré los años que se prolongue mi vida á ganar ese dinero para restituirlos. Responded.

El muerto calló. Todos le mirábamos estáticos y aterrados.

Durante su breve discurso, su fisonomía no se había animado; sus ojos habían permanecido inmóviles y sin miradas; pero cuando sus labios acabaron de moverse imperceptiblemente y volvieron á comprimirse, los ojos adquirieron movimiento, aunque no expresión, y pasearon una mirada lenta, glacial, indefinida, por todo el concurso formado de rostros más pálidos que el del mismo cadáver.

Los cinco minutos concedidos al difunto para hablar á sus amigos, iban transcurriendo. En medio del general estupor, oíanse los espíritus de varios relojes, que los iban midiendo, sonando rápida y desigualmente.

El muerto, incorporado en su ataúd, seguía helándonos con su mirada.

Esperaba la respuesta á su petición; nadie se la daba.

¡Oh excépticos, misántropos, calumniadores de la humanidad, mejor fué que no estuvierais allí! Os hubiérais ensañado con nosotros.

VI.

Pasaron los cinco minutos; el silencio no se interrumpió.

Entonces apareció una triste sonrisa en los labios del muerto, extinguióse aquella luz vaga de sus ojos, y su cuerpo cayó desplomado en el ataúd.

La resurrección del pobre Benito, no había podido prolongarse.

Y de aquellos cinco minutos de segunda vida, no quedaba en él más vestigio de aquella sonrisa que no se borró de su semblante.

Fué necesario enterrarle sonriendo.

VII.

Todos nos esforzamos por creernos juguete de una pesadilla, y nos salimos de la estancia mortuoria, enjugándonos el sudor helado que bañaba nuestras frentes.

Los enterradores taparon el ataúd, y cargados con él bajaron hasta depositarlo en el coche fúnebre.

Los del duelo seguimos detrás, formando una larga y silenciosa comitiva. ¡Nunca difunto alguno se ha visto tan honrado!

Media hora despues vimos sepultar los restos mortales de nuestro queridísimo Benito.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

POLÉMICA

Vivieron en los tiempos medio evales
dos sabios eminentes,
que con una polémica excitaron
la atención de las gentes.

Al lanzar su opinión, dieron mil pruebas
de erudición vastísima
y la tesis propuesta se hizo célebre
por lo originalísima.

Voy el caso á exponer en breves frases;
la cuestión era esta:

«¿Qué dicen, al cantar, las codornices?»
Oigamos la respuesta:

—¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay! —uno decía
que en los trigos gritaban.

—¡Hues-pe-dé! ¡Hues-pe-dé! —decía el otro
que era lo que cantaban.

¿Llegaron á entenderse? Ni por pienso;
revolvieron infolios

y aduciendo el pensar de los etruscos

y romanos y eolios,
con terquedad gascona los dos sábios
siguieron en sus trece.

¡La verdad será una é inmutable...
pero no lo parece!

—¡Buen-pan-hay! ¡Buen-pan-hay! ¡si está bien claro! —
uno de ellos decía.

—¡Hues-pe-dé! ¡Hues-pe-dé! ¡No hay más que oírlo! —
el otro respondía.

Y de este modo entrambos sostuvieron
continuas discusiones,
hasta que al fin, según las malas lenguas,
se llamaron «melones!»

Murieron de dolor los infelices,
y hoy es cosa probada
que, al cantar las sencillas codornices...
¡no dicen absolutamente nada!

JOSÉ BORRÁS.

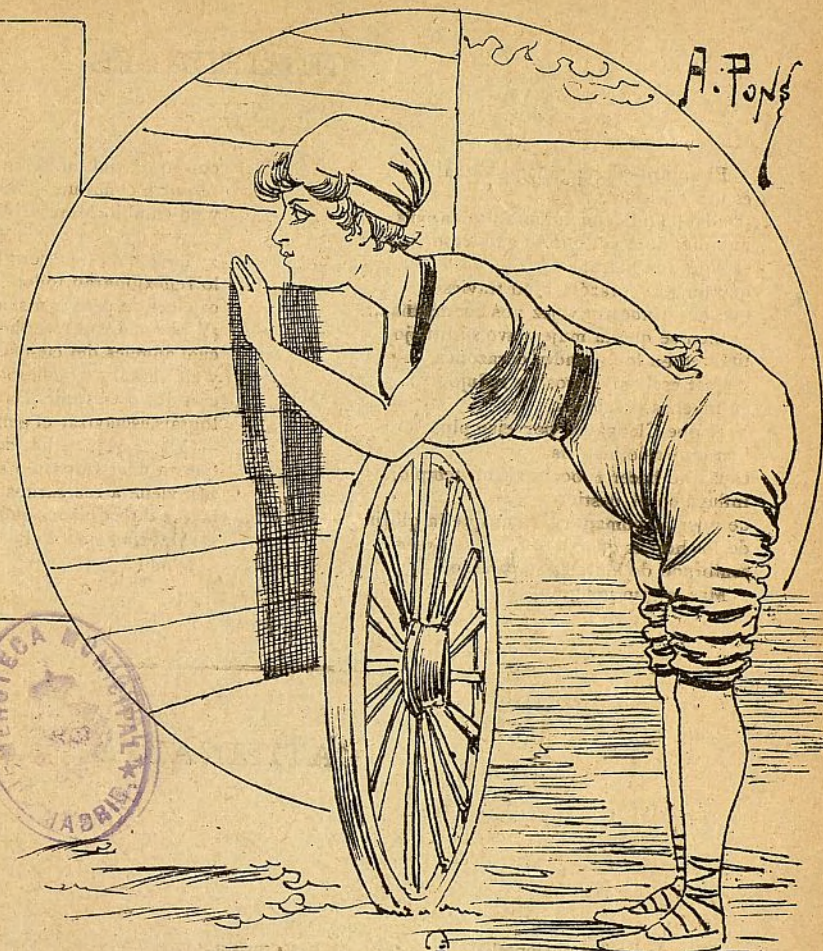
LA SEMANA CÓMICA
PLAYERAS



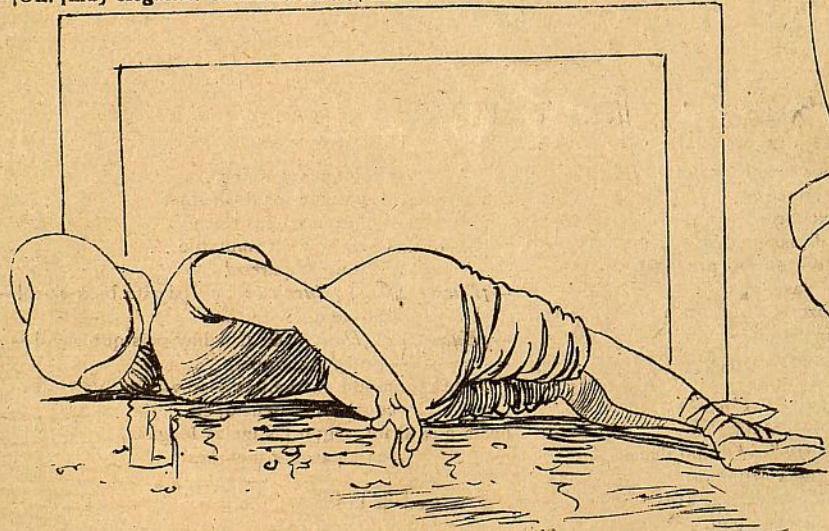
—Ya daría yo cualquier cosa por verla á Vd. con el traje de baño de Diana.
—¿Era elegante?
—¡Oh! ¡muy elegante! Consistía en una media luna colocada en la frente, nada más.



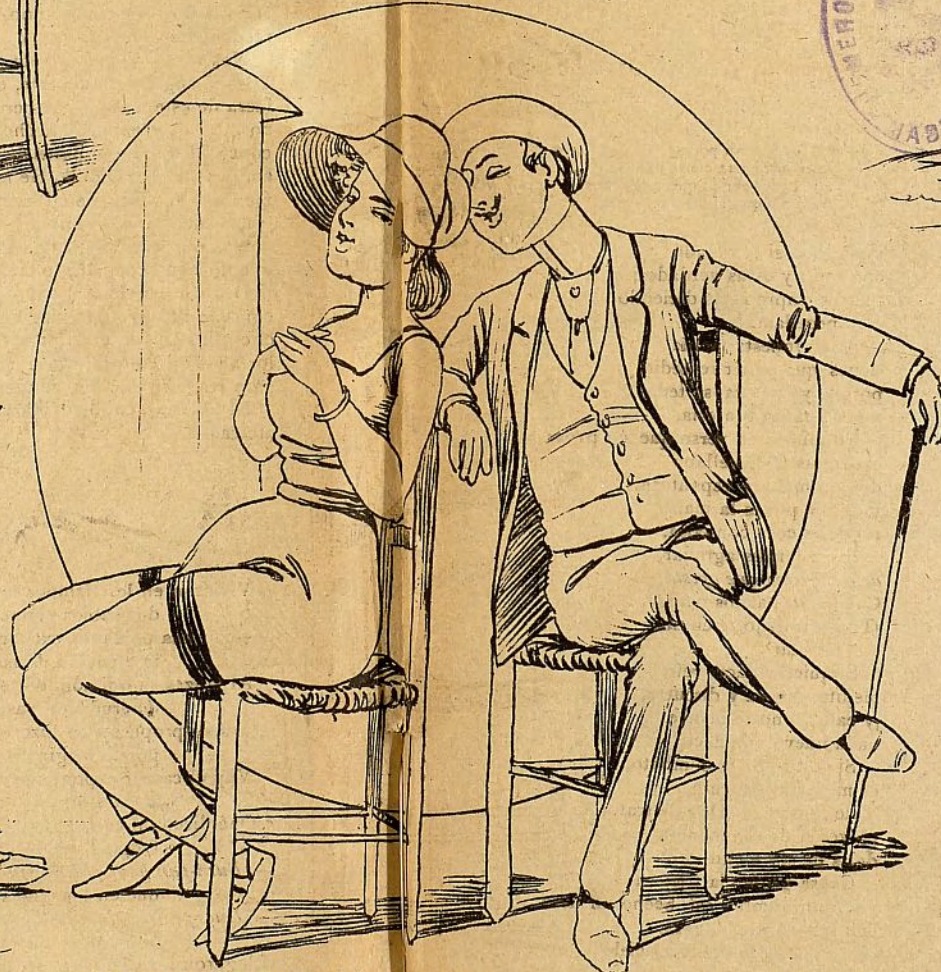
Una Diana de ocasión
que ha ido á los baños este año...
y busca un nuevo Acteon
que la sorprenda en el baño.



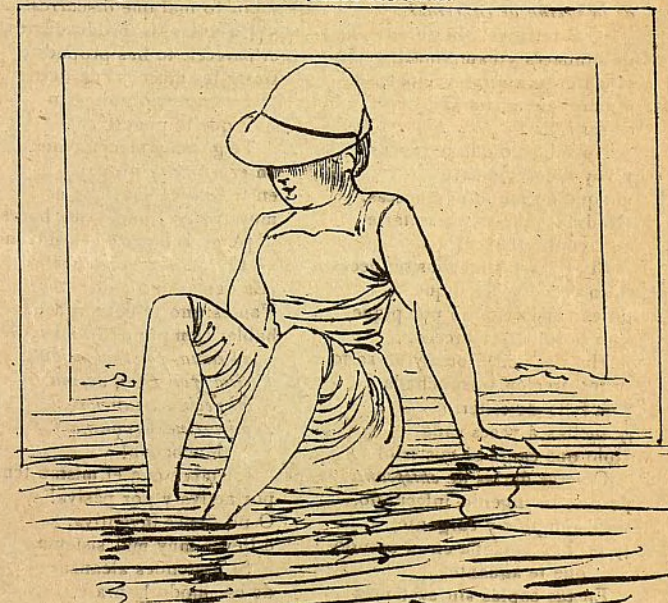
—¡Calle! el joven de las patillitas rubias, que me venía haciendo el amor. ¡Cualquiera le conoce en paños menores!



¿Que quien es? ¡Ay, infelice!
Pues... su posición lo dice.



—No lo crea Vd., Purita, no lo crea Vd. Y después de todo ¿qué sabe el confesor de estas cosas?



Suele haber en las playas chicas miedosas
que no penetran nunca mar adelante
por si hallan así un hombre que sea galante...
y porque así se exhiben la mar de cosas.

NIMIEDADES

El amor—¡desengáñate, María!—
es una tontería.....
¿Dudas? Tu buena voluntad te engaña,
impidiéndote ver que tu embeleso
es solo una patraña
que finje el corazón, niño travieso
que hasta nuestra vejez nos acompaña.....

Bien sé que la mujer tuvo su influjo
titánico en los grandes corazones,
y á ser esclavos suyos les redujo
en muchas ocasiones.
Y sé que Cleopatra, por ejemplo,
una mujer de historia,
capáz de hacer ruborizar á un templo,
influyó en el destino
de nuestra humanidad, más que la gloria
de los héroes que vieron
sembrado de laureles su camino.

Mas, según imagino,

con su glacial indiferencia Octavio
se portó como un sabio,
y en cambio Marco Antonio fué un pollino.

Todo esto—¡desengáñate, María!—
lo reflexionarán todos los seres
capaces de pensar á sangre fría...
¿Y por qué, si es verdad, sois las mujeres
cual ángeles del cielo veneradas,
y en un solo momento
con dos ó tres miradas
lograis esclavizar el pensamiento?
¿Y por qué, en fin, cuando hemos conseguido
que ya nuestra pasión se debilite,
aún viene á recrearnos el oído
la voz del corazón, que nos repite:
—¿Habéis amado? ¡Pues, habéis vivido!—?

RICARDO J. CATARINEU.

CATILINARIA

A un poeta
festivo... hasta cierto punto,
que en los versos que enjareta
trata siempre el mismo asunto

¡Esto nadie lo consiente!
¡Ira de Dios! ¿hasta cuándo
piensas estar abusando
de la vecina de enfrente?

¡Qué pesadez! ¡Basta ya
de sandeces y pamplinas!
¡Deja en paz á las vecinas,
ó márchate más allá
de las islas Filipinas!

No sabes lo que te pescas
y voy á desengañarte,
aunque no me lo agradezcas.
¡Nada!... ¡que voy á soltarte
cuatro frescas!

Si al ver tus muchas sandeces
trato de ponerles dique,
no es por envidia ó por pique,
sino porque lo mereces.

Muestras en broma y en serio
tu inspiración trasnochada
y tu falta de criterio
¡y sueltas á veces cada
ripio que canta el misterio!

Quieres dallas de *chispeante*;
pero es tu ingenio infecundo,
soso, ramplón y cargante,
¡y no hay persona en el mundo
que te aguante!

En tus coplas sin sustancia
pruebas hasta la evidencia
que corre tu insuficiencia
parejas con tu ignorancia.

Tanto y tanto despotricas,

que sin cesar nos aburres,
y siempre te significas
por lo mal que versificas
y por lo mal que discurre.

En todas tus producciones,
al parecer, te has propuesto
tratar las mismas cuestiones
¡y no sabes lo indigesto
que te pones!

Te gozas y te complaces
en *repetirte*, y no ves,
en tu obcecación, que es
muy triste el papel que haces.

¡A no romperte el bautismo
no sé como te convenzal
¡Es demasiado cinismo!
Vamos: ¿no te da vergüenza
hablar siempre de lo mismo?

«*Vecina, por compasión...*
Vecina, por Dios, vecina...
A mi vecina Asunción...
A mi vecina Joaquina...

¡Machacón!
¡Siempre con el mismo tema
por activa y por pasiva!
O no tienes inventiva,
ó llevas muy mal sistema.

Si pretendes alcanzar
de ese modo honra y provecho,
eres un loco de atar.
¡Hasta el presente no has hecho
nada de particular!

Es lo cierto. No te enfades,

y perdona si te ofendo
con estas y otras verdades;
¡pero siempre estás diciendo
necedades!

A tan funesta manía
tienes que poner remedio,
porque ya nos causa tedio
tanta y tanta tontería.

Lo mismo en verso que en prosa
maltratas el castellano
de una manera espantosa,
y donde pones la mano
no dejas cosa con cosa.

Si pretendes agradar,
deja ese tema que apesta.
Cavila... y haznos pensar.
¿Tanto trabajo te cuesta
cavilar?

Si quieres hacer reír,
medita, piensa y discurre,
¡y calla si no te ocurre
nada nuevo que decir!

Si con rigor te combato,
es mi crítica sincera.
¿Que te ofende? De eso trato.
¡A ver si de esa manera
dejas de ser mentecato!

Causa profunda tristeza
ver á un hombre así, hecho un *lele*
con semejante flaqueza.
¿Para qué te ha dado el cielo
la cabeza?

LUIS RODRIGUEZ CABRERO.

MAL AGÜERO

Era la frase corriente de mi novia Margarita, chica que estaba demente, pero que era muy bonita.

A esta joven tan hermosa, siempre, siempre, la encontraba muy pensativa y llorosa.

—¿Qué tienes? —le preguntaba.

—Estas triste? —¿Cómo no, si hoy he tirado el tintero y la tinta se vertió?

¡Ya ves tu qué mal agüero!

Hoy me va á reñir mamá, ó nos sucede algo malo; me figuro que papá te va á ver y á darte un palo.

—¡Hija, por Dios, no me asustes! ¿Tu crees en brujerías?

Es necio que te disgustes por tamañas tonterías.

—¡Torcido un cuadro! está alerta que hoy te pegan, es un hecho.

—¡Caracoles! por si acierta

lo voy á poner derecho).

Otras veces me decía:

—Hoy nos ocurre algún mal.

—¿Es otro agüero, hija mía?

—Sí, se ha vertido la sal.

¡Ay, estoy toda nerviosa!

—¿Y lloras? —¿Qué voy á hacer?

Hoy nos pasa alguna cosa y gorda tiene que ser.

El mal comenzó temprano.

Esta mañana, mamá

me ha dicho que tiene un grano.

—¿Y eso es malo? —Claro está.

—¡Qué inocente! —Yo me asfiijo...

—Tu candor vale un Perú.

—Pepe, no sabes que dijo...

dijo... que el grano eras tú.

—No te incomodes por eso,

ni te apures, niña bella;

dile que tengo un divieso.

—¿De veras, Pepe? —Que es ella.

Ya mi novia me aburría,

pues la sangre me quemaba.

¡Qué de cosas me decía!

¡Qué de consejos me daba!

—Pepe, ya puedes cuidar

de no volcar la aceitera,

porque te voy á engañar

con otro tipo cualquiera.

Si te entretiene mover

las sillas, quiere decir

que desgraciado has de ser

ó que te vas á morir.

Tu procura no encontrarte

ningún tuerto en el camino,

y si quieres alegrarte,

procura verter el vino.

¡Pepe, me vas á matar!

—¡Pero, mujer! ¿qué te pasa?

—Nada, que te he visto entrar

con el pié izquierdo en mi casa.

¡Ay, me dice el corazón,

que á ser infelices vamos!

¡Esta vez tuvo razón!

¡poco después... nos casamos!

RICARDO TABOADA STEGER.

LAS MUGERES

—¡Ya no hay mugeres! Las señoras y los perros de perdices han degenerado mucho—decía un señor que era natural de D. Benito, provincia de Badajoz.

Y tenía razón; hace cuarenta años, las señoritas más distinguidas, se figuraban que Inglaterra estaba un poquito más arriba que la luna y que la América era un país lleno de serpientes y de bichitos de colores; pero ahora ya no hay niñas mayores de catorce otoños naturales, que no sepan que Inglaterra está un poquito más abajo de Carabanchel y que la América es una tierra fecunda en maridos de dril y chocolates puros y sin mancha de habichuelas.

Antes las muchachas no engordaban, porque eso valía tanto como invadir las atribuciones de las mugeres casadas; pero ahora hay señorita que se atraca de carne de *filét* y de frutas del tiempo, sin pizca de decoro, ni sombra de púdica delicadeza estomacal.

Antes las chicas se ruborizaban cuando se las hablaba de amor y lloraban de una manera copiosa la vispera de casarse; pero ahora le piden á cualquiera palabra de matrimonio y no se ponen nunca coloradas sin consultarlo con su madre.

Antes había niñas nerviosas; asistíamos á un bautizo, pongo por caso, y una de las chicas de la familia, que actuaba de madrina, comenzaba á dar saltitos en derredor de la pila bautismal:

—No se mueva Vd., que se me van á olvidar los latines—le decía el cura en voz baja.

—Es que no puedo estar quieta,—contestaba ella pateando con suavidad sobre el entarimado.

—Me parece que le va á dar el ataque á Consuelito —decía el padrino con acento de dolor.

Y estando en estas, deslizábase el niño desde los brazos de la madrina hasta el fondo de la pila, reñegando de las prácticas religiosas y comenzando á berrrear en cuerda de tenores. Entretanto la madrina caía en nuestros brazos presa de una terrible convulsión y volviéndose expansiva y elástica como un tirante de goma.

—¡Ya le dió, ya le dió!—gritaba el padrino abrazando al ama de cria.

—Consuelito, vuelve en tí—decía una amiga de la casa, pellizcando al cura por equivocación.

—Que traigan agua fresca—exclamaban unos.

—No, no; esto solo le pasa bebiendo aceite de almendras—decía el padre de la interesada;—ya no es la primera vez que usamos este remedio.

Después de todos estos incidentes, nos retirábamos á la casa de los padres, en donde la chica del desmayo nos lo explicaba como un efecto puramente nervioso.

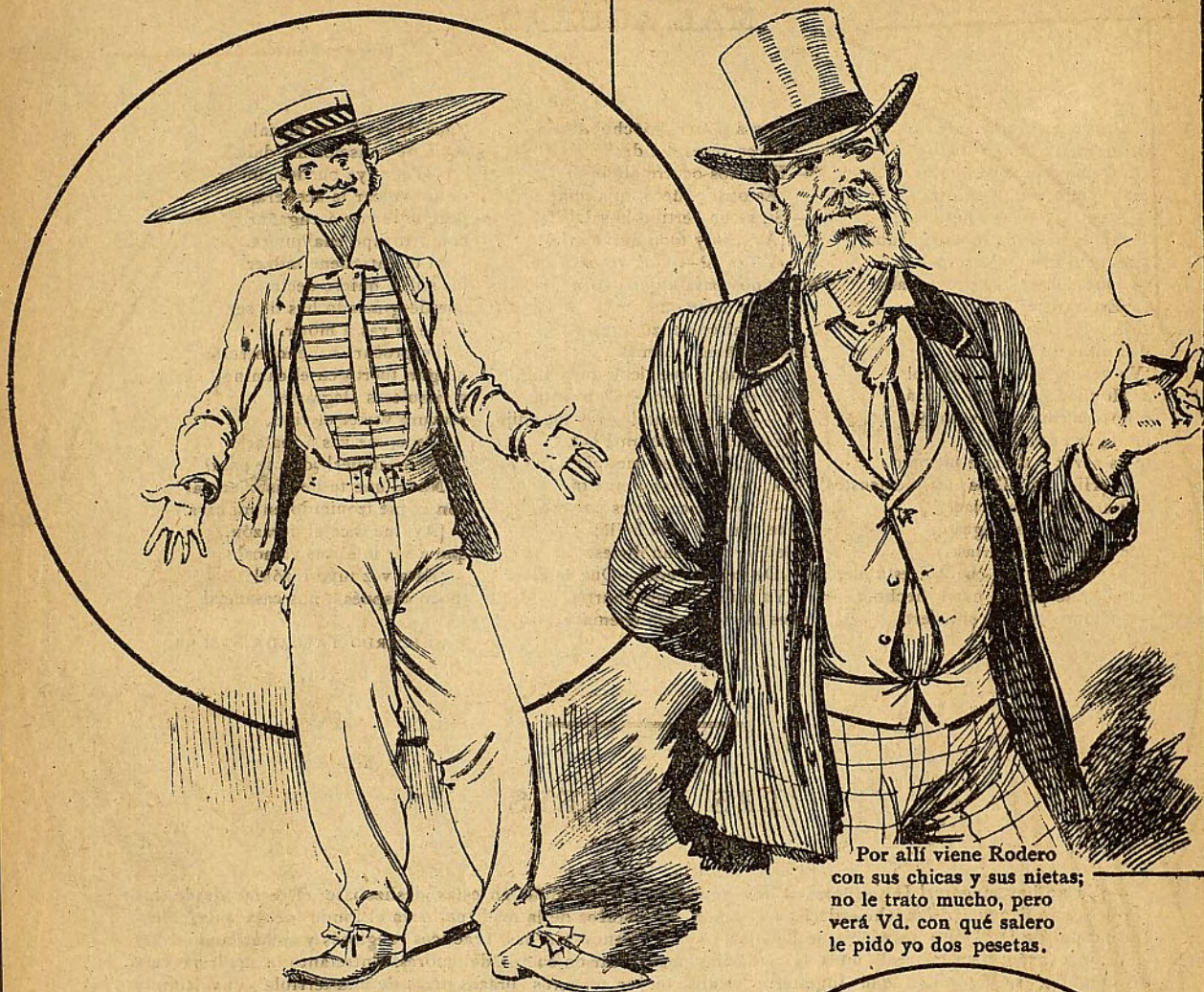
—Miren Vdes.—nos decía—estaba tan blandito el pequeño, que se me figuró que se volvía todo papilla y ¡claro! me desmayé...

Esto sucedía hace algunos años; ahora, aunque los niños se pongan blanditos, no hacen caso las muchachas de los efectos nerviosos.

Y esto no tiene nada de particular, si atendemos á que las damas más distinguidas de nuestra buena sociedad hacen gimnasia con clowns novicios en el arte difícil de romperse la cabeza en obsequio al público.

Sucede, á lo mejor, que nos encontramos con un vizconde legítimo que lleva desmejorado el rostro por un bulto, semejante á un panecillo, sobre el ojo derecho.

LOS DESPREOCUPADOS

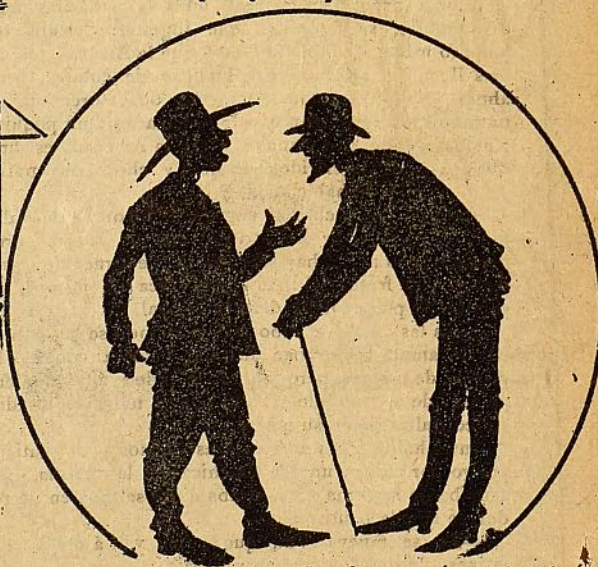


Por allí viene Rodero
con sus chicas y sus nietas;
no le trato mucho, pero
verá Vd. con qué salero
le pidó yo dos pesetas.

Claro que uno debe ser
sensibile; pero, Señor:
si ellas se mueren de amor
por uno ¿qué va uno á hacer?



—Eso es: me presentaré al ministro y le diré que
yo tengo que dormir en la plaza de Oriente, y que,
plaza por plaza para dormir, prefiero que me dé una
en el ministerio.



—... y de eso de que Castelar sea elocuente me río
yo. Porque, hombre: si me dieran á mí su facilidad de
palabra, y su talento y su manera de decir ¿no haría yo
sus discursos? Pues entonces...

—Es jóve

DE PESCA



—(Es jóven y muy rico).—(Es guapa y fresca).
—(Si él quisiera... ¡qué bien!)

(Y su marido, en tanto que ella pesca...
se va á pescar también.)

—¿Qué es eso, vizconde?—le preguntamos con interés.

—Nada; un puñetazo que me dió mi prima la marquesa.

—Pero, hombre; su prima de Vd. debe de ser una fiera con escudo nobiliario.

—No lo crea Vd.; ¡es un ángel! pero tuvimos una discusión, un ligero disgusto por cuestión de modas y ¡zás! por poco me deshace.

—¡Cuidado con los ángeles y con las marquesas y con los disgustos ligeros!...—pensábamos nosotros.—Aquí, si uno se descuida, viene una sífide y le parte la beza con la mayor tranquilidad del mundo...

Porque, eso sí: las mugeres pegan y maltratan y hacen fechorías, pero á ellas no se les puede faltar al respeto, porque la cortesía es antes que todo y la bella mitad del género humano es débil por necesidad y si aprenden gimnasia las señoras es sólo por distraerse y sin intención de consagrarse al pugilato doméstico.

Yo conocí á una señorita de Chinchilla que se pegaba de bofetadas con un mozo de cordel, y todos decían que era una dama espiritual y hasta sensible para las cosas de casa, pero es lo cierto que en su pueblo hasta los serenos le habían cojido un miedo terrible.

Y como si esto no fuera bastante para cambiar el carácter del sexo, hay señoritas que se dedican á la política activa y se pasan el día estudiando los discursos

de Castelar y los proyectos del ministerio. Luego dicen que D. Práxedes sería muy guapito si se peinase de otra manera y que D. Cristino lleva siempre los pantalones de cuadros y los chalecos de rayadillo y otras consideraciones indumentarias relacionadas con la conveniencia del parlamentarismo...

Otras se dedican á estudiar el comercio internacional ó el equilibrio europeo; y hablan de si es duro ó no es duro el canciller Bismark, como si se tratase de un pestillo de hierro dulce y de si Boulanger tiene ó no tiene que ver con una criada de servicio morena ella y con un lunar debajo de la nariz.

Pero no esto solo; hay mugeres superiores que leen á Krausse y á Locke, señoritas inocentes hasta cierto punto, que saben distinguir un metal de un metaloide y niñas sensibles que conocen la Ley Hipotecaria y los reglamentos de Sanidad de puertos.

Si las cosas continúan su marcha, dentro de muy poco los muchachos de letras y de ciencias habremos de retirarnos de la escena de la sociedad; y cuando se necesite de nosotros responderemos con las mejillas coloradas por la modestia y el pudor.

—Allá mi muger; yo no entiendo de esas cosas y soy muy inocente, aunque no les parezca bien á Vdes...

MOISÉS G. BESADA.

ANOMALIAS

Lleva un año cesante
Don Agapito,
con suegra, tres cuñados,
y cuatro chicos...
y vive alegre.
Cada cual se divierte
con lo que tiene.

A un avaro, tócle
la lotería
y fué tan desgraciado,
que á los dos días,
tuvo una herencia...
Al que no quiere caldo,
tres tazas llenas.

Cuando murió la suegra
de Don Arturo,
le dejó una fortuna
de cien mil duros.
Es un axioma,
que rara es la desgracia
que viene sola.

Pedro tiene una esposa
que se la pega,
y aunque el pobre lo sabe,
no se impacienta;
porque el buen Pedro
sabe que con paciencia
se gana el cielo.

Dicen que Juan es tonto
de capirote,
y es el tuno más grande
que hay en el Orbe.
Así sucede:
Dónde menos se piensa
salva la liebre.

Don Cenón pasa un hambre
que se las pela,
porque, si bien no come,
tampoco cena.
¡Y habrá quien diga,
en vista de este ejemplo,
que el nombre obligal

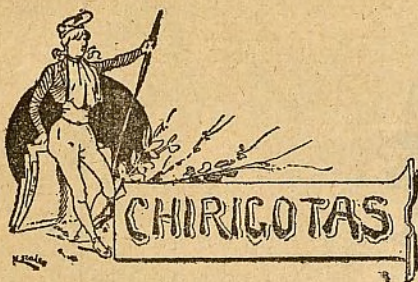
FRANCISCO CAPELLA.

RETAZOS

Al músico don Ruperto,
dijo el pianista Pablo,
—Deme usted unos motivos
y tocaré algo el piano.
Don Ruperto es hombre serio

y, aunque tiene el genio malo,
por fin dió al otro motivos...
¡para darle un estacazo!

J. RODAO.



Corresponsal exclusivamente encargado de la venta de LA SEMANA CÓMICA en Madrid: D. Julián Rodríguez, calle del Tesoro, 5, bajo.

Con él deberán entenderse cuantos deseen vender el periódico en la Corte.



A un hortera malicioso
dijo ayer cierta modista:
De parte de mi maestra
que me dé usted la puntilla.



Cuando lean Vds. estas líneas, el amigo Escaler estará caminito de Rodas, á donde vá á restablecer su quebrantada salud.

Reciba nuestro amigo etc., etc..

Desearemos que su restablecimiento etc., etc..

Con lo demás que se suele decir.



La música alemana,
expresión nada más que del talento,
no eleva el alma, eleva el pensamiento.

La música italiana,
de sentimiento inagotable fuente,
eleva el alma en emociones tiernas...
La música francesa únicamente
nos eleva las piernas.

F. LOPEZ BENEDICTO.



—Díga Vd: ¿pero es cierto que viene el Papa?

—Hombre, veo que se sigue hablando de ello....

—¿Y con el Papa vendrá el... calle Vd., el... Sacro Colegio?

—Sí, señor, ¿y qué?

—Nada, que es un colegio que yo no conozco, pero en el cual no pondré á mis niños. ¡Figúrese Vd. que dicen que en él hacen *cardenales*!



—¿Tu arrancaste de este libro varias hojas, picarona?

—Yo no, papá—¿Pues quién fué?

—Se habrán caído ellas solas.

—¿Quieres mofarte de mí?

—Si no lo digo por mofa!

¡como es Otoño y empieza
la caída de las hojas!...

LIBROS: *La garganta del Diablo* se titula una bonita novela, original de D. Pedro J. Solas, que forma el tomo 13 de la *Biblioteca contemporánea de Novelas cortas*. Se vende á peseta en las principales librerías.

¡*El Curioso Parlante*!, colección de artículos y poesías, destinada á honrar la memoria del insigne Mesonero Romanos. Figuran en la obra firmas tan acreditadas como las de Perez de Zúñiga, Peña y Góñi, Rueda, Frontaura, Sepúlveda, Perez Escrich, Juan de la Cruz Ferrer y otros.



A. B.—Barcelona.—«Lo mando por si pega» ¡Pues ya lo creo, que pega! Bofetadas al sentido común... y Vd. dispense el modo de señalar.

D. P.—Sevilla.—La intención si la veo. Lo que no veo es la gracia que pueda tener eso.

Uno que dá á los que dán.—Y que además dá... en hacer planchas fenomenales. Porque ni *servirnosla* está mal dicho, ni en la frase *el día en que llegó*, sobra el *en*, sinó que está muy en su lugar, ni se dice ¿con que quedamos? De modo que quedamos... con que debe Vd. volver por otra.

C. D.—Barcelona.—La primera es de Gumá,
(¡Así el Creador te confundal)
La segunda... ¡la segunda
sabe Dios de quién será!

E. Ll. de I.—Barcelona.—Me parece que quien ha hecho los seis primeros versos, no ha hecho los ocho últimos, que son un puro disparate. O sinó, que juzgue el pueblo soberano. Ahí vá:

SONETO

DEDICADO A R. X.

Es tan maravillosa tu hermosura,
tu merito es tan alto y exquisito,
que verte sin amor fuera delito
y es del to mirar á tanta altura.
¡Oh trama sin igual! ¡Oh, desventura!
No amándote, de fiera me acredito,
y no puedo amar sin profanarte
y es crimen atreverse sin mereerte
Y pues no puedo sin amarte verte
y es crimen atreverse sin mereerte
y no puedo sin amarte verte.
Para dejar de agraviarte
y no amando dejar de agraviarte
no me queda otro medio que la muerte.

J. S. M.—Mataró—Pues no le engaño á Vd: se hacen con tinta litográfica y sobre un papel especial, que sirve para el caso.

P. P. T. T.—Santander.—Cuando *llama y Ana, esbelta y Clea* y *discreta y Anaclea* sean consonantes, dese Vd. una vueltecita por aquí. Y como para aquel entonces el verso

pero la flor primera
habrá ya crecido y será octosílabo... puede que se publique. Antes, no.

Apolo—Se publicarán la primera y dos epigramas.

J. B. F.—Barcelona—Sí; tiene Vd. razón: demasiado realista. Si no fuera por eso...

A. B. M.—Barcelona—El desaire, señor y amigo mío, está más en la intención de quien lo da, que en la apreciación, no siempre justa, de quien lo recibe. Es así que yo jamás he tenido la intención de desairar á Vuesamercé, luego... Saque V. la consecuencia.

Job el leproso D. C. E., *Pipi Olo*, A. S. G. y S. L. (Barcelona)—E. L. M. *Un hortera*, *El chico de las de Gomez* y F. G. (Madrid)

—J. C. (Valencia).—D. T. (Santander), *Michi-Michi y Este cura* (Cádiz).—D. C. y A. F. L. (Barcelona)—T. H. (Valladolid)

No son publicables. Y la falta de espacio me impide decir los motivos y contestar extensamente á todos, como sería mi deseo.

Imp. Militar, Arco del Teatro 9, pasaje.—Barcelona.

LOS FEOS



—¿Pues sabes tú que deduzco yo de tu cara? Que tu madre debió quedar muy resentida con tu padre.

—¿Y cómo es eso?

—¡Claro! ¡como que él la hizo un feo!..

SOR ANA

POEMA

POR

JOSE DE DIEGO

Se publicará uno de estos días

Ayuntamiento de Madrid